

Volumen XIX.—Septiembre 1.º de 1924.—Número 188.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

—•—
Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXIV

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1924

JOSE CELESTINO MUTIS

DISCURSO PRONUNCIADO AL INAUGURARSE EL BUSTO
DEL SABIO EN EL JARDIN DEL OBSERVATORIO
ASTRONOMICO

Excelentísimo señor Presidente de la República, Excelentísimos e Ilustrísimos señores, señoras y caballeros:

Hace quince años me cupo la inmensa satisfacción de inaugurar, en el claustro mayor del Colegio del Rosario, la estatua de fray Cristóbal de Torres; y hoy, por alto e inmerecido favor de la Junta de festejos, tengo la palabra cuando se ha descubierto en este sitio, cara a la ciencia, sagrado al patriotismo, la efigie en bronce de don José Celestino Mutis, como testimonio de honor y agradecimiento de la nación colombiana a uno de sus benefactores más insignes; homenaje que yo calificara de tardío, si no supiese que cuanto más se demore la glorificación póstuma de un hombre, ella resulta más legítima, solemne y duradera.

He acercado dos fechas apartadas entre sí por tres lustros, y he juntado los nombres de dos varones egregios que aparecieron separados por más de un siglo de distancia, porque ellos viven unidos por modo inseparable en mi mente y en mi corazón, y creo que también en las páginas inmortales de la historia.

CONTENIDO

José Celestino Mutis..	R. M. CARRASQUILLA
Discurso de don José María Doussinague.	
Discurso pronunciado por don José Celestino Mutis al recibir la investidura de colegial en el Mayor de Nuestra Señora del Rosario.	
Fe de defunción de don José Celestino Mutis.	MANUEL JOSE ROA A.
El día en el colegio...	MONSEÑOR BAUNARD
La Juratena.....	JOAQUIN SERRANO Y SERRANO
La Huerfanita.....	ALBERTO RISCO, S. J.
En honor de un colegial egregio.....	
El carbón de piedra...	A. M. BARRIGA VILLALBA
La literatura colombiana	ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Entrambos españoles, sacerdotes, sabios, dechados de virtudes, Torres y Mutis iniciaron nuestra cultura intelectual; el primero, hincando en este suelo el fundamento inmovible de la tradición, de las buenas letras, de la filosofía cristiana, y regalando a la juventud del Nuevo Reino con régimen autónomo y con la fecunda libertad que nos dio Cristo; el segundo, levantando sobre aquella base firmísima el portentoso palacio de las ciencias físicas modernas, desde donde el hombre domina de verdad el universo visible como rey de la creación. Despertaron, acaso sin saberlo (porque el genio se ignora a sí mismo) en los colonos de España, el anhelo de una patria independiente; y tuvieron por teatro de su labor educadora el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que fue cuna de la República, academia de nuestros sabios, escuela de nuestros héroes legendarios, capilla de nuestros mártires.

Existe aún otra analogía entre los dos preclaros personajes: los monumentos que la gratitud nacional les ha ofrendado son obras de estatuarios españoles. Dionisio Renart y García, Antonio Rodríguez Villar no sólo copiaron las facciones, sino también el alma de sus augustos modelos, e infundieron potente soplo de vida al metal duro y frío, sin perjuicio de la regia serenidad, del divino reposo propios de la escultura helénica.

Oh!, cuán grande se destaca la figura de Mutis en nuestros patrios anales! Miradle por de fuera. La frente elevadísima, la abultada cabeza a penas capaces de contener un cerebro en que cupo el universo entero; aquella mirada diáfana en que se transparenta la felicidad de las almas puras; el perfecto óvalo del rostro, surcado de arrugas, más por la meditación que por los años, la boca impregnada de dulzura. Lleva la sotana, que vistieron antes de él muchos sabios, y al pecho y sobre

el corazón el escudo del Colegio del Rosario, sin el cual no habría podido ser maestro de Lozano y de Caldas.

Vino Mutis al mundo en la hechicera Andalucía, grata a mis afectos porque de allá fueron oriundos mis mayores; y vio la luz primera en Cádiz, la ciudad blanca, perla de uno de los dos mares españoles, teatro, como dijo el poeta, de cien mil navales tragedias. Terminados a fondo los estudios de humanidades clásicas, sin los cuales toda ulterior disciplina mental resulta incompleta, el joven gaditano se dedicó al cultivo de las ciencias, en particular de la astronomía, la botánica y la medicina, y alcanzó tanta sabiduría cuanto mostró más tarde en sus obras inmortales. Y sin embargo, próximo a entrar a la edad madura, era casi ignorado de sus conterráneos; sin que este desconocimiento alcanzara a enturbiarle el pecho; porque varón fuerte y constante y, por lo tanto humilde, amor de la verdad por ella misma, no se dejó tentar ni de ambición de honores, ni de codicia de riquezas, ni de anhelos de la inútil gloria de aquí abajo.

Creyó el virrey Messía de la Cerda, en cuya comitiva vino el doctor Mutis a esta ciudad, tener tan sólo en su modesto servidor, un hábil médico de cámara; y nunca supo que nos había traído un tesoro incomparablemente más precioso que los arrancados al suelo americano y llevados a colmar el erario de los monarcas españoles.

¡Cuál no sería el pasmo jubiloso del sabio al contemplar por vez primera las radiantes constelaciones del hemisferio austral, al hallarse en la zona paradisíaca,

aquí donde el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano;
el fecundo banano
desmaya al peso de su dulce carga,

animado carmín la tuna cria,
 el ananás sazona su ambrosía,
 y el algodón despliega al aura leve
 las rosas de oro y el vellón de nieve!

Vedle, años después, recorrer las comarcas del vi-reinado, pasando por variedad de climas, desde los ardores asfixiantes de las regiones bajas hasta el frío cortador de las altas cumbres, coronadas de nieves perpetuas; herborizando sin cesar, para analizar luego las virtudes terapéuticas e industriales de las plantas, clasificarlas con sapientísimo criterio, y enviar, no por amor a la gloria, que poco le importaba, sino a la ciencia, que le importaba mucho, sus originales observaciones a los hombres y a los institutos sabios del viejo mundo, quienes las aguardaban con ansia, las recibían con entusiasmo, las estudiaban con admiración y rendían al autor los más subidos y fervidos encomios.

Nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit!, exclamaba Linneo, hablando de Mutis; *nombre inmortal que ninguna edad borrarán nunca!* Cavanilles lo proclamó *varón sapientísimo, digno de ser inscrito entre los príncipes de la botánica* en Europa; Humboldt dedicó su *Geografía de las plantas, con los sentimientos del más profundo agradecimiento, al ilustre patriarca de los botánicos, doctor don José Celestino Mutis*. Godoy en sus *Memorias*, lo califica de *sabio naturalista y honor de España, autor de un tesoro de ciencia, y que honró tres reinados; el de Fernando VII, el de Carlos III y el de Carlos IV*. Bergius, afamado profesor sueco de historia natural, lo llama *muy esclarecido y doctísimo varón, experimentado mérito, botánico muy celebrado*. Y podría seguir aduciendo testimonios, si el temor a la difusión no me cerrara el paso.

La profunda fe católica del doctor Mutis, tan sencilla como la de un párvulo, tan ilustrada como la de

un padre de la Iglesia, la inmaculada integridad de su vida, su piedad cristiana que, al decir de un biógrafo, le llevaba a consagrar a la oración las horas no dedicadas al estudio, le fueron indicios de vocación divina a la angélica dignidad sacerdotal; y, a los cuarenta años de edad, aquí, en Santa Fe de Bogotá, después de la debida preparación, recibió todas las órdenes sagradas. ¡Qué bien le estaba a una frente circuida de la aureola natural del sabio la sobrenatural del ministro y embajador de Dios! ¡Cuán hermoso que el sabedor de todas las maravillas de la creación tuviese diariamente en sus manos al Creador del universo!

Pasa el tiempo, y viene a regir el Nuevo Reino, juntamente en lo eclesiástico y en lo civil, el arzobispo virrey don Antonio Caballero y Góngora, dádiva preciosa concedida a esta tierra por munificencia del monarca español. Es propio de gobernantes capaces y benéficos conocer las personas de mérito y brindarles medios de ascender al elevado puesto que les corresponde. Los grandes hombres engendran espiritualmente grandes hombres. El señor Caballero ha comprendido a Mutis y, previa anuencia de la Corte, lo encarga de organizar y presidir la gloriosa Expedición botánica.

Mas, ¿dónde hallará el director sus compañeros de labores? Los tiene formados de antemano. Años há que fundó y viene desempeñando las cátedras de física y botánica, medicina y astronomía; y, como es maestro en la más noble acepción del vocablo, no ha instruído únicamente a los alumnos que lo rodean en el aula, sino que ha difundido sus enseñanzas y su espíritu por todos los ámbitos de la colonia; a manera del sol, que envía calor y luz a quien lo recibe a campo abierto y trata de mirarlo de frente; y también al que le vuelve la espalda y se guarece de sus rayos a la sombra.

¡Qué personajes los que formaron la Expedición y, más tarde el Instituto botánico; y los que, sin pertenecer a estas corporaciones, les fueron auxiliares eficaces y desinteresados! Eloy Valenzuela, el docto cura de Bu-

caramanga; Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Francisco José de Caldas, Pedro Fermín de Vargas, Joaquín Camacho, José Manuel Restrepo; los pintores Salvador Rizo y Francisco Javier Matiz, y tantos más, cuyos nombres callo en gracia de la brevedad. Oh!, si en 1816, hubiera venido un don José de Ezpeleta a pacificar estas colonias!

Ignoro las razones que tuviera el maestro de la juventud neogranadina para poner la sede de su sabiduría en las aulas de fray Cristóbal de Torres, y habré de contentarme con meras y acaso no bien fundadas conjeturas. Quizás lo atrajo lo semejante de nuestro estatuto al de los colegios mayores de la Península; tal vez, el título de Nuestra Señora de quien era devotísimo; o la cruz de Calatrava, que llevan los colegiales como insignia; o, más probablemente, el ser el Rosario escuela de la doctrina de santo Tomás, citado varias veces en los escritos de Mutis como autoridad irrefragable.

Entre todos los sistemas filosóficos conocidos, el tomismo es el que más se ajusta, cuadra y encaja en la ciencia moderna; de suerte que cada progreso que ella alcanza es nuevo argumento en pro del autor excelso de la *Summa*. Y no sé a quién admirar más, si a santo Tomás cuando, a poder de raciocinios, preludia las conclusiones de Pasteur; o a Pasteur, cuando ve en el microscopio la metafísica de santo Tomás. Mutis recibió en el Rosario, la beca de colegial, con las ritualidades de costumbre, y pronunció con tal ocasión un breve y sentido discurso, que deseo publicar como apéndice a esta deshilvanada oración.

No leyó nuestro sabio el curso de filosofía en Santa Fe; pero, indirectamente y con su ejemplo, transformó la enseñanza de esta ciencia, señora de las demás y vasalla tan sólo de la sagrada teología. La escolástica de entonces era la decadente, la que adivino después de los esplendores de los siglos XIII y XVI. Ya no existía el sencillo razonamiento del Ángel de la Escuela, ni tampoco su estilo, tan transparente como el aire; y ya no

imperaba el fecundo método analítico-sintético, porque casi estaba suprimida la inducción. Era todavía aquello un edificio magnífico, pero al cual le habían angostado las puertas y conservado los andamios. A impulsos de León XIII, ha tornado santo Tomás a ser quien es, en las obras de pensadores ilustres, sobre todo en las del eminente cardenal Mercier y sus dignos comprofesores de la Universidad de Lovaina.

Portentosa fue la labor científica de Mutis y sus compañeros. Más de dos mil plantas tropicales, clasificadas conforme al sistema de Linneo, profusamente descritas, disecadas con esmero y copiadas en láminas de colores, forman la *Flora de Bogotá*, que está durmiendo inédita, hace más de cien años, en los archivos del Jardín Botánico de Madrid. Varios de aquellos vegetales son ingente riqueza para la medicina y la industria, aunque nuestra desidia nos ha impedido aprovecharlos como fuera debido. Descubrió Mutis la existencia de los árboles de quina en nuestras selvas milenarias, el té de Bogotá, el guaco como antídoto y remedio para la mordedura de serpientes venenosas; aclimató el canelo; halló en Antioquia abundosos yacimientos de cinabrio; mejoró la explotación de las minas de metales preciosos. Mudó la medicina empírica y a veces homicida que se practicaba acá por la más adelantada entonces en Europa; dictó códigos de higiene pública y privada, contradiciendo tenaces preocupaciones, no del todo desarraigadas aun hoy en nuestro suelo; propagó en todo el país la vacuna. Finalmente, redactó nuevos y excelentes planes de estudios para todas las enseñanzas profesionales.

Si hubiéramos de hacer plena justicia, sendos monumentos, como el presente, deberían erigirse en las Facultades de Medicina y Ciencias Naturales, en la de Ingeniería, en el Colegio del Rosario, en la Escuela de

Minas de Medellín, en el Instituto Técnico, en las Escuelas Normales, y en la ciudad de Mariquita, donde realizó el sabio varios de sus más importantes trabajos.

Ardía en vivos anhelos, por amor a la ciencia, por amor al prójimo, de la instrucción religiosa, literaria y útil para la vida, no sólo de las clases elevadas, sino también de las más pobres y desvalidas. Con tal fin, creó la «Sociedad patriótica del Nuevo Reino de Granada,» le dio estatutos, la presidió por varios años. Lo que él enseñó e hizo enseñar despertó a los colonos, les abrió los ojos, les fortaleció la voluntad, les hizo nacer vehementes aspiraciones a la libertad, al progreso, a la independencia. Aquí caben las palabras elocuentes de Menéndez Pelayo:

«Si nuestros gobernantes no llegaron a prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no habría de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que habría de lanzarse rápidamente a las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa incompreensión es para sus nombres un título de gloria.»

Los escritos de Mutis, publicados en parte por su diligente biógrafo español, don A. Federico Gredilla, se leen con admiración y el más vivo interés; empezando por el diario de su viaje de España a estas regiones y el de su primera estancia en Santa Fe de Bogotá; siguiendo con su correspondencia con Linneo y otros muchos sabios de Europa; pasando por su defensa del sistema astronómico de Copérnico, y terminando con la monografía sobre las *Vigilias y sueños de algunas plantas*. ¡Qué nobleza de estilo en las cartas y tratados científicos; qué evangélico candor en los diarios y en las epístolas familiares; cuánta tersura y claridad en todas partes!

Ya es tiempo de unas breves palabras, para concluir, sobre este santuario de la ciencia que tenemos delante, y cuyos altos muros y severas cornisas sirven de dosel a la imagen de su fundador. El Observatorio

Astronómico de Bogotá es, por su situación, uno de los primeros del mundo, porque desde él se dominan ambos hemisferios celestes, y la atmósfera que lo circunda permite ver los astros con distinción y claridad desconocidas en otras zonas de la tierra. Don José Celestino Mutis concibió la idea de establecerlo; proporcionó los recursos el virrey don Antonio Caballero y Góngora; trazó los planos y, en un año, terminó la fábrica el arquitecto fray Domingo de Petrés. De suerte que este templo de Urania, que tuvo a Caldas por primer sacerdote, fue proyectado por un clérigo, costado por un arzobispo, construido por un capuchino, y está dirigido hábilmente por un jesuita.

Casi octogenario falleció el señor Mutis en esta ciudad, y fue enterrado, al decir de uno de nuestros historiógrafos, en el monasterio de Santa Inés. La Academia Nacional de Historia añadiría un nuevo lauro a los que tiene conquistados, si descubriera el sitio en que reposan las cenizas del grande hombre; y el Colegio del Rosario haría un acto de justicia, depositándolas, dentro del sagrado recinto de la capilla, en un sepulcro, frente al de fray Cristóbal de Torres.

Y voy a terminar. Este busto que acaba de inaugurarse será nuevo vínculo de unión entre España y Colombia; será estímulo a nuestra generosa juventud para dedicarse al estudio de las ciencias matemáticas y naturales, indispensables al progreso del país; y cuando las nuevas generaciones hayan palpado todo lo que vale nuestro suelo, crecerá en ellas el amor a la patria y la fe en Dios, autor de tantas maravillas.

R. M. CARRASQUILLA,

Colegial del Mayor de Nuestra Señora del Rosario.
Miembro honorario de la Academia Nacional de Historia.

Bogotá, 3 de agosto de 1924.